



"Siento miedo desde que empezó la perestroika"

El escritor ruso, que casi nunca abre las puertas de su casa a extraños, hizo una excepción con un director de cine que lo entrevistó. Su mujer, Natalia, reveló que volverán a su país a comienzos del próximo año.

No hay abedúes. Pero todo el resto es igual a la Rusia que Alexander Solzénitsin dejó tras de sí hace 20 años. El gran exiliado no había recibido a los periodistas desde que se instaló en Estados Unidos. Ha hecho una excepción con un gran director ruso, que lo ha entrevistado largamente para la televisión.

Un bosque de abetos seculares, espeso y salvaje como la "taiga". Una casa de madera de dos pisos, idéntica a algunas "dachas" de Ierodólino, el pueblo reservado a los escritores en las afueras de Moscú. Y dentro de la "dacha", habitaciones acogedoras, amuebladas con sencillez, llenas de libros, de papeles, con grandes ventanas que ocupan toda la pared y que se abren sobre el fondo verde del bosque, y una capilla adornada con los iconos de los santos ruso ortodoxos. Solo un par de detalles revelan que este refugio aislado y tranquilo se encuentra en Norteamérica y no en Rusia. El gran plafón de madera con el círculo del balancote, colocado en una pared del garaje, una bandera omnipresente en las casas de los norteamericanos. Y la pasada puerta de entrada, con mando electrónico, que cierra la larga avenida de acceso a la casa, con una tupida alacabada y un cartel que advierte en inglés: *No trespassing*.

UNA CASA EN VERMONT

Pero hace unos días tuvimos la fortuna de poder cruzar aquella verja, de entrar en la casa de Vermont, pequeño estado de Estados Unidos cerca de la frontera con Canadá, y de hablar —aunque de manera indirecta— con Solzénitsin. Lo hemos logrado gracias a un director ruso, Stanislav Govorujin,

autor de un documental, *Tokhítelnaja* (*Aquí no se puede vivir*), que en 1989 llamó poderosamente la atención en Moscú, conmoviendo incluso a Gorbachov por la manera como revelaba la esencia del comunismo en la vida cotidiana de los soviéticos: relaciones inhumanas, crueles, una tristeza desoladora. En el exilio, también Solzénitsin ha recibido una cassette del filme de Govorujin. Lo vio y le gustó. Después, este año, oyó hablar bien de la nueva película del director moscovita *Rossia, kotóruju my poterjali* (*La Rusia que hemos perdido*), una nostálgica descripción de los méritos de la Rusia zarista: la exportación de cereales, el rublo fuerte y convertible, las reformas del ministro Stolypin, la riqueza comercial de Moscú y de San Petersburgo, los rusos que viajaban al extranjero.

La película sobre Solzénitsin, destinada a la televisión rusa, se convirtió así en un cierto sentido en un documento histórico: la confesión del autor de *Archipiélago Gulag* en visperas de su retorno a patria. Después del final de la URSS y el derrumbe del comunismo, después de su rehabilitación, después de la restitución del pasaporte y de la ciudadanía rusa, después de que todas sus obras sean de nuevo publicadas y circulen libremente en Rusia, el premio Nobel de Literatura, de 74 años, ha manifestado el deseo de volver a su patria, para morir y ser sepultado en su tierra. Y durante los días pasados, su mujer, Natalia, ha revelado la fecha en que el escritor retornará a Rusia: al comienzo de 1993, casi 20 años después de su expulsión de la URSS brezhneviana. Natalia ha encontrado una "dacha" en una zona

rural fuera de Moscú, donde irán a vivir. Pero la "dacha" del estado de Vermont, por ahora, no será vendida, por si el marido no se ambientara en la Rusia del postcomunismo, o si una excesiva publicidad le impidiera trabajar.

Una intimidad ha sido defendida con éxito en Vermont, incluso con la ayuda de la población local. La película-entrevista de Govorujin comienza en las puertas de un supermercado de la que penden tres carteles: "Nada de servicios", "nada de pies desnudos", "nada de informaciones sobre la casa de Solzénitsin". En la casa no trabaja nadie extraño a la familia, no hay servidores ni jardineros, a pesar de que el parque es muy grande: la esposa del escritor y la madre de la esposa se ocupan de todo.

El hijo Ignotij recibe a Govorujin, le guía por el parque ("de noche pasan por aquí lobos y coyotes"), se oye la música de Schubert en el piano ("pero el compositor más amado por mi padre es Beethoven, porque es el que más se le parece en el carácter"), dice que *Los almas muertas* de Gogol es su novela preferida. Ha crecido en Norteamérica, estudia urbanismo en Harvard, conduce un Mustang muy desvencijado ("lo compró mi hermano mayor por 150 dólares"), pero había un ruso casi perfecto y tiene hacia sus padres el respeto de ciertos peracajados de los clásicos rusos del siglo XIX.

Solzénitsin, cuyo sentido teatral no es inferior a su genio literario, entra en escena precisamente en el momento de saludar a su hijo: lo abraza, lo besa tres veces al estilo ruso, lo abraza de nuevo y mira cómo se va con el Mustang acompañado de un amigo.

AUTORÍA

Solzhenitsyn, Aleksandr Isaevich, 1918-2008

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Siento miedo desde que empezó la Perestroika" [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile